

ESCENA V

ESTELA, FRAMBAL, SOLIGNI Y
JORGE QUE SE QUEDA A LA
PUERTA.

SOLIGNI.

(Echándose en los brazos de Frambal.) ¡Frambal! ¡Al fin, te vuelvo á ver!

FRAMBAL.

Sí, sí, ya estamos otra vez juntos.

SOLIGNI.

¡Ah....! ¡Cuánto deseaba este momento! (Enjugándose una lágrima) ¡y cuánto lo necesitaba mi corazón....! (Adelantándose y reparando Estela.) ¿Qué hace usted aquí? (Con severidad.) Sálgase usted allá afuera.

ESTELA.

Sí, papá.... Ya me voy.

SOLIGNI.

(A Frambal.) ¿Supongo que te quedarás conmigo? ¿Qué pasarás conmigo toda la semana?

FRAMBAL.

Ojalá pudiera; pero he dejado en Pau cierto negocio muy grave á medio despachar.... Luego, mi hijo está en Bañeras con su regimiento, y aun no le he visto.... Con todo, me tendrás aquí hoy y mañana. (Se sienta en el canapé.

Estela, junto á la puerta, habla bajo con Jorge como si le diera alguna orden.)

SOLIGNI.

Eso lo veremos.... ¿Jorge?

JORGE.

¿Señor?

SOLIGNI.

Ocúpate de preparar la habitación en que ha de pasar la noche este caballero.

JORGE.

Ya me estaba diciendo la señorita que asease la recámara principal.... La de su madre.

SOLIGNI.

¡La de su madre!

JORGE.

Que es la mejor de todas las de la casa.

SOLIGNI.

(A Jorge.) ¿Y quién es la señorita para disponer eso...? Me parece á mí, que quien manda aquí soy yo, no ella.

ESTELA.

Perdone usted, papá.... he hecho mal....

FRAMBAL.

Dichosamente el mal no es grande.

SOLIGNI.

Está bien.... Basta.... Pon la cama del señor en el gabinete que está junto á mi alcoba.... Así podremos hablar con más facilidad y á todas horas.... Pero en adelante cuidado con olvidar que en esta casa no hay más amo que yo.... y que nada se debe hacer en ella sin que antes se haya consultado conmigo.... Vete. (Vase Jorge.)

ESTELA.

Tiene usted razón, papá.... Nadie tiene la culpa sino yo, que creyendo acertar....

SOLIGNI.

(Friamente.) Nadie la acusa á usted ni la culpa.... No era á usted á quien yo me dirigía.... Hablaba con ese criado.

ESTELA.

No importa..... Crea usted que sumisa en todo....

SOLIGNI.

(Secamente.) No veo que sea así.... porque, si mal no me acuerdo, ya la he pedido á usted que nos deje solos, y no lo hace. (Frambal se levanta. Estela al pasar para irse, le dice bajo y con dolor:)

ESTELA.

¿Lo oye usted? (Vase.)

ESCENA VI.

FRAMBAL Y SOLIGNI.

FRAMBAL.

¿Sabes lo que digo....? Que no dejas de ser algo severo con la pobre Estela.

SOLIGNI.

Yo.... ¿En qué?

FRAMBAL.

El tono con que la acabas de hablar....

SOLIGNI.

¿Cómo....! ¿Lo dices por eso....? Pues no lo debías extrañar.... Y antes bien, debías aplaudírmelo.... No he hecho más que aprovecharme de tus consejos.... Me reñas no has muchos años porque me encontrabas demasiado indulgente hacia ella.... Me repetías que era una debilidad imprudente, peligrosa....

FRAMBAL.

Pues.... Cuando los jóvenes abusan.... Como sucede casi siempre.... ¡Pero tu hija es tan amable....! ¡tan dócil....!

SOLIGNI.

(Friamente.) Sí, no es mala muchacha.

FRAMBAL.

¡Que no es mala muchacha! Ya lo creo....

Como que es un ángel de bondad y de belleza.... Ojalá que pudiera yo decir de mi hijo Héctor algo que se pareciera á esto.

SOLIGNI.

¿De quién? ¿De Héctor mi ahijado? ¿Pues puede tener acaso nadie, corazón más noble, ni genio más entrenido? Daría la mitad de cuanto tengo por ser su padre.... ¡Ah! ¡qué dichoso eres....! ¡Si yo tuviera hijos....! (Conteniéndose.) Hijos varones quiero decir....

FRAMBAL.

No, pues lo que es la dicha, no es muy grande que digamos.... porque si vieras los quebraderos de cabeza que me cuesta el tal caballero.... ¡y lo de dinero que me gasta! Cuanto gano en mi bufete, otro tanto se traga.... Como que no hace otra cosa, sino convidar á comer todos los días á la oficialidad de su regimiento, y á bailar todas las noches, á todas las modistas y costureras de Bañeras....

SOLIGNI.

¿Quién....? ¡Héctor!

FRAMBAL.

¡Toma! lo que le sobran son Andrómacas.

SOLIGNI.

¡A su edad!

FRAMBAL.

Eso es cabalmente lo que me asusta..... Si

tiene tan mala cabeza á los veinte años no cumplidos, ¡cómo la tendrá, Dios mío, cuando llegue á los cuarenta...! En lugar que tu hija, siempre sumisa, siempre razonable....

SOLIGNI.

(Con impaciencia.) Ciertamente.

FRAMBAL.

Sin otro estudio ni anhelo que agradarte....

SOLIGNI.

(Interrumpiéndole.) ¡Válgate Dios! Pero, quién te dice que no....? El caso es que si te he suPLICADO que me vinieras á ver, ha sido....

FRAMBAL.

¿Para que habláramos de Estela?

SOLIGNI.

No, no por cierto.... Ha sido porque tenía que pedirte un consejo.... O más bien, que reclamar de tí un favor.... Un servicio.... He pensado que no me podía dirigir á nadie mejor que á tí.

FRAMBAL.

Has pensado bien.... Y te lo agradezco.... Empieza cuando quieras.

SOLIGNI.

(Después de un corto silencio.) Se trata de un amigo mío.... De un amigo íntimo.... que ha

venido á consultarme.... á mí, antiguo militar, antiguo negociante, que no entiende una palabra en materias de jurisprudencia.... sobre un negocio que le interesa sobremanera..... y.... de ahí que me haya resuelto á confiarte un secreto..... que no es mío, y....

FRAMBAL.

Pues bien, ¿en qué te detienes?

SOLIGNI.

Sentémonos. (Se sientan en el sofá, Frambal á la izquierda de Soligni.)

FRAMBAL.

¿De qué se trata?

SOLIGNI.

(Después de un breve silencio.) Cuando un hombre es rico y no tiene más que un hijo, y tiene motivos graves para excluirle totalmente de su herencia, ¿qué medio, dime, puede emplear para obtener semejante resultado?

FRAMBAL.

Ninguno.... á menos que no enagene sus bienes ó los desnaturalice, ó los regale sucesivamente á escondidillas.

SOLIGNI.

Pero, ¿y si no quisiera privarse de ellos durante su vida?

FRAMBAL.

Entonces sería más difícil.... Habría que firmar una obligación en favor de un tercero, que éste debería aceptar, acto continuo, y por la cual se reconociese que se había recibido de él tal ó cual cantidad, reembolsable á la muerte del signatario.

SOLIGNI.

Ya comprendo.

FRAMBAL.

El acto tendría que extenderse por duplicado; y con sólo dos testigos que lo legalizasen con sus firmas, adquiriría luego el carácter y valor de cualquiera escritura pública.

SOLIGNI.

Perfectamente.... Pero bueno sería antes de todo, encontrar alguno que quisiese aceptar semejante donación.

FRAMBAL.

Valiente dificultad.... Lo que sobra por ahí son aficionados que no sólo están dispuestos á aceptar la fortuna ajena, sino que también lo están á tomársela cuando les viene á las manos.

SOLIGNI.

(Distráido.) Es verdad, no dices mal.... (Titubeando.) ¿Pero no podrías tú escribirme un borrador ó modelo de ese acto?

FRAMBAL.

Si conoces íntimamente á la persona.... Si me aseguras de la justicia que le asiste para querer obrar así....

SOLIGNI.

Te lo juro sobre mi honor.

FRAMBAL.

Enhorabuena.... Entonces no soy yo, sino tú, el que queda responsable de la cosa.... (Los dos se levantan: Frambal se acerca á la mesa, y se pone á escribir.) Con cuatro renglones salimos del paso. (Mostrando lo que escribe á Soligni, que le sigue con la vista. ¿Ves ahora en lo que consiste....? No se necesita más que esto.... Se ponen los nombres.... que dejo aquí en blanco.... Se designa la cantidad.... que se supone que se toma prestada; y para que todo fuera en regla, convendría también indicar en seguida, en qué se va á emplear el dinero; pero para eso sería indispensable conocer los negocios y la posición del que ha de firmar la obligación, para fijarse en un pretexto algo plausible, y....

SOLIGNI.

(A media voz.) Y bien, si es fuerza que sepas quién es esa persona, sabe que.... que soy yo.

FRAMBAL.

(Alto y levantándose.) ¡Qué oigo! ¡Tú, tú quieres desheredar á tu hija....! ¡Príbarla de tus bienes....! ¡Trasmitirlos á un extraño!

SOLIGNI.

No hables tan alto.... Si me he dirigido á tí.... que eres mi único amigo.... ha sido porque he creído que podía confiarte sin recelo un secreto.... Que me ayudarías.... Y, en efecto, cuento contigo, me lo has prometido.

FRAMBAL.

Yo no te he prometido ayudarte á ninguna injusticia.... Y ésta sería una....

SOLIGNI.

¡Qué sabes tú....! ¿Sabes acaso lo que se pasa en mi corazón? ¿Sabes lo que he sufrido? ¿Lo que sufro en este momento? ¡Ah!, soy el más desgraciado de los hombres.... ¡Abandonado por todos, vendido, ultrajado....! La rabia me devora.... Y todavía tengo que disimular mi propia afrenta; una afrenta que ni aun siquiera puedo vengar....

FRAMBAL.

¿Qué dices?

SOLIGNI.

Sí.... tiempo es ya de que lo sepas todo.... Harto he callado.... Harto he batallado conmigo mismo, para no depar traslucir mi oprobio.... No, ya no puedo más.... depositando en el seno de un amigo el secreto que me agobia, podré al menos aligerar un poco su horrible peso.... Escucha.... No te hablaré de los primeros años de mi vida.... Ellos fueron demasiado dichosos, y

todavía echo de menos aquel tiempo en que, siempre oficial, y acabado de salir del colegio de Saint-Cir, debí á tu amistad el primer equipo de campaña.... De más edad que yo, y más rico, fuiste sin embargo el único que me tendió la mano... y eso que yo no te podía ofrecer entonces otra seguridad, otra prenda, que mi persona.... que una bala de cañón podía el día menos pensado hacer desaparecer.... No fué así por fortuna... En aquella época se caminaba aprisa, y cuando volví á París, general de brigada y edecan del Emperador, no hubo nadie que no creyera ya mi fortuna hecha.... Un rico armador de Burdeos me ofreció su hija.... La acepté.... Era muy linda.... La amé con sinceridad y creí á mi vez ser amado.... Por lo menos me conduje siempre con ella como buen marido, y no pensé desde entonces más que en hacerla dichosa.... La restauración de los Borbones vino á cortar mi carrera, á comprometer mi porvenir.... Traté, pues de restablecer mi fortuna por medio del comercio.... Compré un buque.... Hice muchos viajes que casi todos me salieron bien, y durante mis largas ausencias, no tenía otro estímulo ni otro consuelo que el recuerdo de mi mujer y de mi hija.... Sobre todo, el de esta última.... Era una dicha, y hasta entonces me había sido desconocida.... Una idea fija que absorbía todas las demás.... una pasión, un amor que constituía realmente mi existencia.... Acuérdate, si no, lo que sucedió después de la muerte de su madre y cuando por no separarme de ella dejé también el comercio que me enriquecía....

¡Fú fuiste buen testigo de ello...! ¿Qué padre podría encontrarse más tierno, más amante que yo? Su belleza, su talento, su carácter angelical, todo en ella me enagenaba, todo.... todo me envaneecía.... Y cuando la admiraban mis amigos, con qué orgullo, con qué delicia les decía que era mi hija, que era mi Estela, mi hija única y adorada.... ¡Ah! era demasiado dicho so y todas mis ilusiones, todos mis sueños iban á disiparse.

FRAMBAL.

¡Cómo!

SOLIGNI.

Una noche, estando en París, me quedé solo en la casa en que habitaba.... y en donde había igualmente habitado mi familia por muchos años, y durante mis continuados y dilatados viajes... Necesitaba unos papeles para redondear cierto negocio al día siguiente, y los buscaba con impaciencia en todas partes. Registré después de otros muchos, un buró que había pertenecido á mi mujer, y tropezando inadvertidamente con un resorte que no conocía, descubrí un secreto, y escondido en su seno un retrato.... Con una carta.... El retrato era de mi mujer, y la carta.... ¡Ah! ¡no olvidaré jamás su contenido! decía así:—Me escribes que me esperas, y estas palabras, que me hubieran hecho ayer el más dichoso de los hombres, me hacen hoy el más desventurado.... el más despreciable de todos.... No iré, pues, ni te volveré á ver jamás... Adiós.

Enriqueta.... Tu marido me acaba de salvar el honor y la vida; á mí que le ultrajaba traidoramente hace tantos años!—

FRAMBAL.

¡Cielos!

SOLIGNI.

La letra era de Mr. de Bussieres, antiguo camarada mío, huérfano pobre.... á quien traje á mi casa tan luego como me casé.... y á quien traté siempre como á hermano.

FRAMBAL.

¿Ese Bussieres no fué aquél que murió durante tu último viaje?

SOLIGNI.

Sí, el mismo.... por desgracia mía.... ¡los dos que me ofendieron ya no existen....!

FRAMBAL.

Pero....

SOLIGNI.

Durante tan fatal descubrimiento.... sereno.... impasible.... había ya abandonado á la venganza del Cielo á una esposa tan culpable... á un amigo tan pérfido, y que así había recompensado mi confianza y mis beneficios.... Los despreciaba á entrambos demasiado, para que me pudieran inspirar ni cólera ni resentimiento.... Pero leí por segunda vez la carta, y cuando lle-

gué de nuevo á aquellas palabras—á mí que lo ultrajaba traidoramente hacía tantos años,—un frío mortal corrió al punto por mis venas, porque no pude menos de pensar entonces en Estela.... ¡en la que yo creía mi hija!

FRAMBAL.

¡Ah! ¡Qué horrible idea!

SOLIGNI.

¿Y cómo quieres tú que no se me hubiera ocurrido esa horrible idea ¿Cómo no hubiera concebido esa fatal sospecha que desecaba en mi corazón cuantos sentimientos había allí tiernos... que envenenaba mi alegría.... que cambiaba mi dicha en desconfianza y mi amor en odio....? Mil recuerdos me asaltaban.... Mil circunstancias, que hasta entonces me habían parecido indiferentes, se agolpaban ya en mi idea con nuevos colores, y corroboraban juntos mi naciente convicción... ¡Ay!, ¡y qué no he hecho yo para sustraerme á ella; para engañarme á mí mismo....! Hubiera pagado con la mitad de mi existencia cualquiera mentira que hubiera podido devolverme la tranquilidad que había perdido....! Pero bien pronto ni aun siquiera me quedó el triste consuelo de poder dudar todavía.

FRAMBAL.

¡Explicáte!

SOLIGNI.

Ya sabes que en mi último viaje fui recogido á

bordo de un buque inglés que iba á Calcuta, y que estuvieron ustedes más de un año sin recibir otras noticias que las de que había yo naufragado á poca distancia del puerto, que acababa de dejar con mi fragata.... Me tuvieron ustedes, de consiguiente, por muerto, y cada día que pasaba les confirmaba á ustedes en esta creencia... Entonces fué cuando mi mujer falleció también, después de una larga y penosa enfermedad.... Y bien, ¿sabes lo que hizo? ¿Sabes á quién confió, al espirar, la tutela, la educación, la existencia de su hija...? Pues no fué á su propia hermana en cuya compañía vivía... No á ninguno de mis parientes que eran sus tutores naturales.... No.... Fué á su cómplice, á su amante, al padre de Estela.... A Mr. Bussieres.

FRAMBAL.

¿Será posible?

SOLIGNI.

Y lo que todavía arroja mayor evidencia, es que, Mr. de Bussieres no estaba á la sazón en Francia.... Hacía cinco ó seis años que se había casado con una prima suya, y que, viéndose en la mayor miseria, se había espatriado y había tomado partido en el ejército Polaco, en cuyas filas encontró después una muerte que le envidio, y que no merecía.... ¿Cómo entonces, una mujer á quien había abandonado para siempre... una mujer á quien había escrito un último y eterno adiós... le hubiera podido confiar... á él ausente.... sin patria.... sin amigos.... la pro-

tección de una huérfana, si esta huérfana no hubiera sido hija suya....? Y el título de tutor con que le reviste, ¿no indica suficientemente que ella misma le reconocía otro de mayor autoridad.... más sagrada? (Vivamente.) Pero responde.... Respóndeme, por Dios.... ¿Encuentras siquiera algún argumento, alguna objeción con que destruir ó debilitar, por lo menos, este cúmulo de pruebas?

FRAMBAL.

(Embarazado.) Eh.... Lo que es eso.... Mirándolo desapasionadamente....

SOLIGNI.

No.... bien conoces que es imposible.... que tengo razón.... que esta joven en nada me toca.... que es una extranjera en esta casa.... ó más bien, que su presencia aquí es una afrenta continua, una demostración viva de mi deshonra. Y cuando considero que la he amado con frenesí durante tanto tiempo, que la he estrechado mil veces entre mis brazos.... que la he mimado y acariciado como á la niña de mis ojos.... ¿Y á quién? ¡A la hija de mi mayor enemigo....! ¡Qué horror....! Y como si tantos tormentos no fueran aún bastantes en vida, ¿todavía he de permitir después de mi muerte, que toda mi fortuna, que el fruto de tantas vigili-
as y trabajos, sirva sólo para enriquecer á Estela de Bussieres? ¡Ah! ¡Semejante idea me humilla hasta el extremo....! Y no se realizará.... no.... Todo cuanto posee en este mundo; mi vida lo

mismo que mis bienes, todo le hubiera pertenecido á mi hija, de todo hubiera podido disponer: pero á la hija de Bussieres, nada le debo, y nada tendrá.... Sería, de lo contrario, hollar todas las leyes: sería insultar la moral; sería dotar el perjurio y recompensar el adulterio.... Repito que nada tendrá: mi heredero será algún amigo mío.... (Con intención) alguno que merezca mi aprecio, mi confianza, mi gratitud por servicios pasados... y este amigo, este heredero, serás tú.

FRAMBAL.

¿Yo?

SOLIGNI.

Sí, tú.... A tí te destinó todo lo que tengo.... No te lo quería decir, pero tal fué desde luego mi intención....

FRAMBAL.

Que espero hacerte cambiar... eso es otra cosa.... pero ahora no se trata de esto, ni tampoco de mí.... sino de ver cómo se puede conseguir que recobres de algún modo tu perdida tranquilidad.... lo que sería bien difícil, por vida mía, si tu conducta en esta ocasión fuera tal que tú mismo tuvieras algún día que echártela en cara.

SOLIGNI.

¿Echármela yo en cara?

FRAMBAL.

Sí, por cierto... porque eres hombre de bien... porque eres justo.... y, porque sean cuales fue-

ren los motivos que tu cólera, no puedes menos de conocer que tu hija.... que Estela, quiero decir, no debe ser castigada por un crimen que no ha cometido.... ¿Qué culpa tiene la pobre....? Si te ama, si te respeta y obedece, si te mira como lo más caro que existe para ella en este mundo, ¿puedes acaso culparla por eso?

SOLIGNI.

¿Acaso la culpo yo....? No, todo lo contrario.... Y era tal la costumbre que tenía de amarla, que en muchas ocasiones, te lo confieso, suelo olvidar momentáneamente el ódio que me anima, y estoy ya cerca de echarme en sus brazos, de mezclar mi llanto con el suyo, de llamarla otra vez hija mía....! Pero, ¡ay!, esto no dura más que un instante.... y en el instante que sigue, me verías avergonzado, indignado conmigo mismo, vengarme de la infeliz con nuevos desprecios, con duplicada indiferencia.... ¿Cómo no me exasperaría, por otra parte, al considerarla tan linda....? Y cuando tengo que admirar, á pesar mío, tanta bondad, tanta resignación, tantas virtudes, tantos tesoros, en fin, que ya no me pertenecen....! ¡Ah! qué injusto, qué cruel debo aparecer á sus ojos, cuando no soy más que el más desgraciado de los hombres....! ¡Me hace tanto daño sólo el verla....! (Se arroja en los brazos de Frambal: después se aleja de él hacia el foro, se enjuga los ojos, y vuelve á colocarse á su izquierda.)

FRAMBAL.

Sí... Te comprendo ahora, es preciso que Es-

tela se aleje de tí.... Pero sin que á nadie deba chocar ni infundir sospechas semejante separación.

SOLIGNI.

¿Y cómo?

FRAMBAL.

Casándola.

SOLIGNI.

¡Yo...! ¿Ocuparme yo de su boda?

FRAMBAL.

¿Quién te dice que lo hagas? Yo me encargaré de todo.

SOLIGNI.

Enhorabuena.... Búscala un marido.... El que tú quieras... Tu hijo, verbigracia.

FRAMBAL.

¿Quién? ¿Mi hijo Héctor....? Pobre muchacha.... Era lo único que la faltaba.... Que la casara con un tronera que disipara en ocho días su dote....

SOLIGNI.

(Descontento.) ¿Su dote?

FRAMBAL.

Pues.... El que le has de dar.... Porque de todos modos tienes que dotarla.... No puedes

menos de hacerlo.... bien conoces que aunque no fuera por otra cosa sino por el qué dirán....

SOLIGNI.

Sí.... Tienes razón.... La daré cincuenta mil francos.

FRAMBAL.

Imposible: ¿Cómo quieres que encuentre un marido por semejante precio... ¡Ahora que escasean tanto!

Bien, bien.... La daré cien mil.... Y creo que nada tendrás que decir ahora.

FRAMBAL.

Si otro fuera el que los diera.... No digo que.... Pero tú siendo tan rico como eres... No, no me parece todavía bastante.

SOLIGNI.

¿Frambal?

FRAMBAL.

Y ya que crees deber castigar á una desgraciada, de una ofensa tan involuntaria como lo es la suya, es menester que lo hagas infiriéndola el menor daño posible.... De otro modo sería vengarte, y el hombre de bien no se venga nunca como no sea con nuevos beneficios.

SOLIGNI.

Pero....

FRAMBAL.

Te digo que lo harás.... Que me darás tan noble ejemplo.

SOLIGNI.

¿Y quién me lo agradecerá?

FRAMBAL.

Nadie probablemente, porque nadie lo sabrá, excepto Dios que lo sabe todo... Y yo, que te diré al oído...—Bien, Soligni; bien, amigo mío...—Pero chitón, que ella se acerca.

ESCENA VII

ESTELA Y DICHOS.

SOLIGNI.

(A Estela que entra por la puerta de la derecha.) ¿Qué quiere usted? ¿Por qué entra usted aquí sin que se la llame?

ESTELA.

¡Ah! no se enfade usted papá.... lo hago bien á pesar mío.... pero un caballero que quiere hablar con el señor Frambal, me ha suplicado que le avise, y....

SOLIGNI.

(Con más dulzura.) Eso es diferente.... Estábamos ocupados en un asunto muy importante, y.... y molestado con la interrupción....

Perdóneme usted, Estela, de haberla hablado á usted demasiado bruscamente

ESTELA.

¡Ah! no.... ¿Quién tiene más derecho que usted para hacerlo....?; y cuando le veo á usted descontento, crea usted, papá, que á nadie acuso sino á mí misma, que sin saberlo habré sin duda disgustado á usted.

FRAMBAL.

¡Pobre muchacha....! Siempre humilde, siempre resignada.

SOLIGNI.

(Con emoción.) Es verdad.... Soy bien injusto....

FRAMBAL.

(Haciéndole pasar entre él y Estela.) Mirala. Y bien, ¿qué dices? (Soligni levanta los ojos sobre ella con emoción.)

SOLIGNI.

(En voz baja y con cólera.) Que es inconcebible lo que se parece á Bussieres....

FRAMBAL.

(Con despecho.) ¡Maldita idea! (Con viveza á Estela.) Conque, decía usted, hija mía, que alguno me buscaba?

ESTELA.

(Con timidez.) Sí, señor.... Aquel joven de esta mañana.... El oficial de marina que....

SOLIGNI.

(Bruscamente.) ¡Un joven! ¡Un oficial de marina! ¿Qué significa esto?

FRAMBAL.

Nada, nada.... Es un conocido mío.... Un amigo....

SOLIGNI.

¡Oh! eso es otra cosa.

ESTELA.

Dice que le urge mucho hablar con usted....

FRAMBAL.

Y bien, ¿por qué no entra?

SOLIGNI.

No, no.... Ya sabes que no recibo á nadie.

FRAMBAL.

(Tomando su sombrero y bastón que dejó en la mesa cuando escribió.) Entonces.... Y pues que tú no quieres recibir á mis amigos e ntu casa... (Hace como que se va.)

SOLIGNI.

(Deteniéndole.) ¿Dónde vas?

FRAMBAL.

A recibir á éste en la mfa.... Me iré con él á Pau.

SOLIGNI.

Qué locura.... Que le digan que espere.... Luego podrás hablarle.

ESTELA.

(A media voz á Frambal.) Es que está muy de prisa.... Dice que ha recibido la orden de irse esta noche mismo á Bayona para embarcarse inmediatamente.

FRAMBAL.

Entonces.... Y como un minuto que pierda puede perjudicarlo.... Eso es, dígame usted que nos haga el favor de comer hoy con nosotros.

SOLIGNI.

¡Cómo!

FRAMBAL.

Yo soy el que lo convido.... De ese modo tendremos tiempo para hablar de nuestros negocios, y....

ESTELA.

(Timidamente á Soligni.) ¿Le he de decir eso, papá?

SOLIGNI.

Puesto que Frambal lo desea....

FRAMBAL.

Sí... Sí.... Pero siempre será bueno que se

le convide en tu nombre.... (Acercándose á Soligni.) Ahora mismo te lo voy á presentar.

SOLIGNI.

(Con cólera.) ¡A mí! ¿Estás en tu juicio?

ESTELA.

(Asustada.) ¡Ay! ¡Dios mío!

FRAMBAL.

(Haciéndola seña con la mano.) No hay que asustarse.... (Estela se retira hacia la puerta de la derecha.) Espere usted un instante.

SOLIGNI.

(A media voz.) Pues no es mala salida la tu ya.... Venirme ahora con presentaciones....

FRAMBAL.

(Lo mismo.) ¿No buscamos un novio? Pues bien, éste es uno.... Un oficial de marina, joven, amable, instruido, que ama precisamente á tu.... Que ama á Estela.... Y supuesto que tú me has dado carta blanca para casarla, no titubeo en decirte que será difícil encontrar mejor partido que éste....

SOLIGNI.

Siendo así.... Haz lo que más te cuadre.... Con tal que yo no aparezca para nada....

FRAMBAL.

Lo que es para nada.... no deja de ser difícil

por cierto.... Pero con tal que aparezcas para algo y por sólo una vez, nada más exijo de tí.... No tienes más que hacer que escuchar á ese joven de un modo amable cuando te pida la mano de Estela, y que responderle con política estas palabras:—Se la cedo á usted, con doscientos mil francos de dote.—

SOLIGNI.

Yo no he dicho eso....

FRAMBAL.

Pero lo dirás.... (A Estela.) Espere usted todavía un poquito.... (A Soligni.) Lo dirás para que esto se acabe, y para no volver á pensar en ello.... Ya ves que no es muy difícil el papel que tienes que representar.... Y en desquite te repito que me encargo de todo lo demás.

SOLIGNI.

(Friamente y más bajo.) Corriente.... Con esta condición se entiende.... Y es de que has de aceptar la herencia de que te he hablado antes.

FRAMBAL.

No.

SOLIGNI.

¿Y por qué?

FRAMBAL.

Porque soy, gracias á Dios, hombre de honor, y nunca me enriqueceré con los despojos de la viuda ni del huérfano.

SOLIGNI.
(Alzando la voz.) Es que, tendrás que hacerlo.

FRAMBAL.
(Lo mismo.) Es que, no lo haré.

SOLIGNI.

(Más alto.) ¿Cómo qué no?

FRAMBAL.

(Lo mismo.) Como qué no?

ESTELA.
(Asustada.) ¡Ay! ¡Cielos! ¡que se enfadan!

FRAMBAL.
(Yendo hacia ella.) No, ¡qué disparate. Al contrario, ahora es cuando nos vamos entendiendo.... En prueba de ello, dígame usted que venga.

ESTELA.
Sí, señor. Ahí está en el cuarto inmediato.

FRAMBAL.

Tanto mejor, vaya usted á buscarle. (Vase Estela por la derecha.)

ESCENA VIII.

SOLIGNI Y FRAMBAL.
SOLIGNI.
¿Conque la aceptas?

FRAMBAL.

Primero me dejaría hacer pedazos.

SOLIGNI.

Y yo primero pondría fuego á todo cuanto tengo, que... (Echando una mirada rápida sobre la mesa.) ¡Ah! Ya no te necesito.... Allí está el borrador (Señalándosele) que tú mismo me has dictado. (Se sienta y escribe con precipitación.)

FRAMBAL.

¿Qué me quieres decir con eso?

SOLIGNI.

Nada, te importa.

ESCENA IX

RAIMUNDO, ESTELA Y DICHOS.

ESTELA.
(Entrando de puntillas, y á media voz á Frambal.) Aquí le tiene usted.

FRAMBAL.

(A Raimundo.) Está bien.... Venga usted.

RAIMUNDO.

¡Ah! ¡señor!
FRAMBAL.
(Señalándole á Soligne que escribe.) Silencio...

Todo está ya arreglado, hijos mfos.... Se casarán ustedes.

ESTELA.

¡Sería posible!

RAIMUNDO.

¿Qué, consiente en nuestra boda?

FRAMBAL

Sí... me acaba de empeñar su palabra.

ESTELA.

¡Ah! ¡Qué no pueda yo arrojarme en sus brazos!

FRAMBAL

(Aparte.) Sería bien inútil ahora, y todo lo echaría á perder.... (A Raimundo.) Así, lo que falta únicamente es que usted le pida en términos formales la mano de Estela.... Allí le tiene usted.

RAIMUNDO.

Sí, señor.... pero... el caso es que estoy temblando....

FRAMBAL

¡Qué timidez....! ¡Ah! ¡Si estuviera mi hijo Héctor en lugar de usted....! Lo haría lo mismo que beberse un vaso de ponche.

RAIMUNDO.

Mi respeto...

FRAMBAL.

¡Qué respeto ni qué calabaza....! Cuando le digo á usted que ha dicho que sí.... Ea, vaya usted.... Y nosotros nos retiraremos "pro forma" hasta que pase esta ceremonia. (Vánse Estela y Frambal por la puerta de la derecha.)

ESCENA X

RAIMUNDO, Y SOLIGNI ESCRIBIENDO

RAIMUNDO.

(Tímidamente.) Caballero....

SOLIGNI.

(Bruscamente.) ¿Qué es eso? ¿Qué me quiere usted?

RAIMUNDO.

Yo.... perdone usted.... yo soy.... yo soy el joven de quien el señor Frambal ha tenido la bondad de.... Y si no fuera por las esperanzas que él mismo me ha hecho concebir.... y que escusan hasta cierto punto mi temeridad.... crea usted que jamás me hubiera atrevido á.... á.... Pero como amo tan sincera, tan ardientemente á su amable hija de usted....

SOLIGNI.

(Conteniéndose.) ¿A Estela?